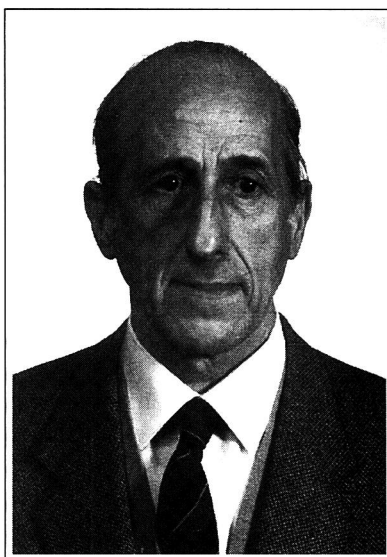


En recuerdo de D. Rafael Echaide Itarte

LUIS BOROBIO NAVARRO



“Año nuevo, vida nueva”, suele decirse.

Este dicho popular se puede aplicar con una propiedad estremecedora a Rafael Echaide, que falleció en la Clínica Universitaria, cuando estaba amaneciendo el año 1994.

Profesor y maestro de arquitectos, Echaide era un gran arquitecto, cuya talla excepcional pasaba inadvertida para los que convivían con él, porque con admirable humildad y señorío trabajaba en silencio, incansablemente, sin airear los frutos de su estudio y de su arte.

Vasco de pura cepa, nació en San Sebastián hace setenta años, y su lengua familiar era el vascuence. Su padre era ingeniero y su abuelo abogado, en sus antecedentes familiares no había arquitectos, ni en sus relaciones sociales los hubo especialmente; pero la formación artística que adquirió en su casa, y una rara facilidad para el dibujo, determinaron su vocación profesional.

Estudió dos cursos de Ciencias Exactas en la Universidad Central. Ingresó y cursó los tres primeros años de la carrera, en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Después trasladó su residencia a Barcelona, en cuya Escuela de Arquitectura terminó los estudios de arquitecto. Este cambio de domicilio le sirvió para conocer por dentro las dos únicas escuelas superiores de Arquitectura que había entonces en España (Madrid y Barcelona).

Regresó a Madrid, y allí, y con su amigo y colega César Ortiz-Echagüe, constituyó un estudio de Arquitectura, modélico de funcionamiento, en el que desarrolló proyectos y construyó obras de importancia que fueron recogidas por las más prestigiosas revistas especializadas del mundo.

Desde 1.963 a 1.966 fue profesor de Proyectos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, primero como encargado de curso, y después como encargado de Cátedra.

En 1.967 vino a Pamplona como Profesor de la Universidad de Navarra, y aquí siguió simultaneando la práctica de la profesión con la enseñanza de la Arquitectura.

Entre **las obras de arquitectura más importantes** realizadas por Echaide podemos citar los edificios de la SEAT en Sevilla, en Barcelona y en Madrid; los laboratorios en la fábrica SEAT de Barcelona; el edificio Comercial FEMSA también en Barcelona, y el Banco Popular en Madrid. En arquitectura educativa son obras suyas la Escuela de Hogar Llar, en Barcelona, y, en Madrid, el Instituto Tajamar -que marcó un hito en la arquitectura escolar del momento- y el colegio Retamar. En Pamplona, podemos ver los Comedores Universitarios, la Escuela de Arquitectura y la Facultad de Derecho en el Campus de la Universidad de Navarra, y el Centro Educativo Irabia, en Burlada.

Sus **publicaciones** en revistas especializadas son numerosas, serias y documentadas; pero entre sus escritos quiero subrayar uno de sus libros -“El origen de la forma en Arquitectura”- que es el que aparentemente

tiene menos enjundia: no es, efectivamente, más que un manual dirigido a orientar a los alumnos en la realización de proyectos; pero, por la sencillez y claridad de sus ideas, debería ser un libro básico en la enseñanza de la Arquitectura. Quiero resaltarlo, precisamente, porque en las Escuelas es prácticamente desconocido.

Era un hombre estudioso, ordenado y sereno, con una cultura extraordinaria de la que nunca presumía. Cultura, que vertía generosamente sobre sus alumnos y con la que nos enriquecía a los que algunas veces teníamos ocasión de escucharle. Silencioso. No tenía palabras de relleno. De vez en cuando, con una sentencia lapidaria nos dejaba constancia de su riqueza interior y de la agudeza de su humor. Y, sólo algunas veces, cuando cogía la vena, hablaba con entusiasmo y brillantez de lo que tenía que decir.

Hace algún tiempo había envejecido visiblemente, y, como le afectaba mucho el frío, bromeábamos diciendo que se le había estropeado el termostato. El contemplaba la calefacción de su despacho con una estufilla eléctrica, y trabajaba constantemente, sin salir casi nunca de él. Allí recibía, uno a uno, a los alumnos a los que orientaba en sus proyectos fin de carrera; allí leía y estudiaba todas las nuevas publicaciones que le permitían estar siempre al día de lo que se estaba haciendo en el mundo; allí pensaba, escribía y dibujaba en su tablero.

Cuando yo necesitaba bibliografía sobre cualquier tema, iba al despacho de Rafa y se la pedía. El, amablemente, consultaba su fichero bibliográfico y me recomendaba unos cuantos títulos que me podrían servir. Pedir bibliografía a don Rafael Echaide era una práctica corriente entre los arquitectos que estaban haciendo su tesis doctoral sobre los temas más variados. Ordenado y paciente, él satisfacía siempre estas peticiones.

Inesperadamente, un tumor cerebral maligno se incrustó en su preclara inteligencia. Y Rafael Echaide falleció en la mañana del día uno de enero.

Año nuevo, vida nueva. Encomendamos a Dios, con dolor -pero con alegría-, esta vida nueva de Rafael Echaide.